OBSERVACIONES BIOLÓGICAS

POR

Abraham MONTEALEGRE R.

(E. S. A.)

El *Chiasognathus grantii* (Vulg.—«Ciervo volante».)

El pintoresco balneario de Niebla se levanta en plena desembocadura del río Valdivia, sobre una pequeña meseta a la cual se trepa por diversos caminos que culebream entre bosques de vegetación exuberante.

De trecho en trecho, se alzan hermosos chalets particulares y una que otra choza de pescadores imprime una nota característica a ese paisaje marino.

Es increíble la gente que acude ahí en verano de todas partes en busca de aire puro para los pulmones y de paz y sosiego para el espíritu.

En medio de esa Naturaleza prodigiosa que lucha a brazo partido con la civilización que la ha ido devastando sin piedad alguna, bulle un mundo de seres extraños, de formas caprichosas y de variadísimos colores y entre los cuales se cierne también el misterio de la vida.

Su actividad es inmensa; cruzan el aire zumbando vertiginosamente, corren por los troncos de los árboles o se ocultan presurosos entre el follaje de la espesura.

Todo es vida, todo es movimiento en ellos.....

He subido, después de grandes esfuerzos, hasta la cumbre de un pequeño cerro en el cual crecen varias encinas. Sus añosos troncos han comenzado a podrirse perforados en distintas partes por las poderosas mandíbulas de las Paromias. Varios de estos insectos asoman su cabeza negruzca a la entrada de sus pequeños agujeros. Un débil hilillo de savia se escurre por la corteza de los árboles y numerosos himenópteros aprovechan la oportunidad para saciar su sed en el líquido azucarado que va marcando su camino como un reguero de sangre que mana de una herida.

Ya que el banquete es inagotable, son inagotables también los visitantes: unos se van y otros llegan como cansados por un largo viaje. Se detienen por un instante,

alisan sus alas, suben, bajan, observan probablemente la extensión de un riachuelo de agua dulce que corre por las grietas de la corteza hasta que, por fin, quedan inmóviles hartándose de la vida de esos pobres árboles que agonizan lentamente heridos de muerte por las traidoras mandíbulas de las Paromias. Mientras ellas, indiferentes, siguen mirando al exterior desde lo alto de sus habitaciones agujereadas en el corazón del árbol.

Me acerco a la más corpulenta de esas encinas para ver en todos sus detalles el pequeño mundo que se agita sobre su cubierta.

Hay ahí muchas abejas, hormigas y un par de Agenias cuyo dorado color resalta maravillosamente sobre el fondo oscuro del tronco. Uno que otro coleóptero camina lentamente casi a ras del suelo. Recojo tres *Sclorognathus costatus*, uno de *S. mandibularis*, un torito (*Rhyephenes incas*), etc. Pobre colecta, por supuesto. Iba a retirarme ya, cuando de repente, ante mis ojos asombrados aparece una pareja de *Chiasognathus* oculta en parte por una elevación de la corteza. La hembra va a la cabeza, el macho detrás como acomodando su andar al de su compañera. Marchan gravemente, levantadas las mandíbulas y estirados completamente el primer par de patas.

Sus cuerpos brillan, heridos por la luz solar, con resplandores metálicos: es la coraza de guerra, bruñida y lustrosa que los defiende de una cantidad de enemigos ocultos. El macho, sobre todo, debe sentirse un gran guerrero cuando enarbola sus armas de combate; pero, pobre fanfarrón ¿quién creyera que la Naturaleza lo ha adornado con tan preciosas armas sólo para asustar?

Hay que verlo cuando se yergue sobre sus extremidades anteriores abriendo en seguida sus poderosas mandíbulas parece que va a ir a la lucha a vencer a todo trance o a «perecer en la demanda».

Su aspecto infunde efectivamente temor; pero ahí queda todo, pura valandronada: lo toco y se agacha humildemente pegando su cuerpecito de esmeralda a la cubierta del árbol.

No cabe duda, el *Chiasognathus* es el Tartarín de los insectos.

Sin embargo, se dice por ahí, que los machos sostie-

nen terribles combates entre sí durante la época del celo.

Quizás qué haya de cierto sobre este hecho. Esa misma tarde tuve la suerte de encontrar sobre el tronco de un tineo (*Weismannia trichosperma*) alrededor de cuarenta ejemplares, catorce eran hembras, de *Chiasognathus* en una postura de beatitud extraordinaria. Nada de luchas, nada de combates, mientras unos libaban amorosamente la savia que corría a raudales por el tronco otros, en parejas aisladas, perpetuaban la especie con toda tranquilidad. Al pie del árbol había algunos cadáveres un poco destrozados ya; pero eso se explica fácilmente si se tiene presente que el macho muere poco después de la cópula.

El distinguido entomólogo Sr. Flaminio Ruiz, director del Museo de San Pedro Nolasco, en Santiago, en un estudio muy interesante que hace sobre el *Sclerognathus Bacchus* nos habla de ser este insecto el que, «mediante sus fuertes mandíbulas, rompe la corteza de los árboles, especialmente el roble (*Nothophagus oblicua*), ocasionándoles heridas por las cuales mana abundantemente la savia que constituye su alimento.

Acuden luego, otros insectos para aprovechar del precioso manantial que no cesa de correr mientras dura la vida de la planta».

Yo debo agregar, por mi parte, que de las observaciones practicadas por mí ese día, parece que el *Sclerognathus mandibularis* ejecuta también la misma operación que su congénere, en árboles como la encina, el tineo y otros y que la putrefacción rápida de ellos se debe a la *Paromia dorcoides*, *Aparomia bifasciata* y, principalmente, a la larva del Lamelicorneo *Oryctomorphus bimaculatus*.

Los otros, tales como los *Chiasognathus*, avispas, abejas, agenias, etc. llegan sólo en busca de alimento.

No terminaré sin manifestar mis agradecimientos al Fundador y Director de la Revista Chilena de Historia Natural, Dr. Carlos E. Porter, por la gentileza que ha tenido al poner a mi disposición las páginas de su acreditada Revista, para que publique mis observaciones sobre la vida de insectos chilenos.

(*) Revista Chilena de Historia Natural, Año XXVIII-pág.76-(1924)